

Artículos socialistas inéditos:

Unamuno y "La Voz del Pueblo"

José Ignacio Barrón García

HASTA hace relativamente pocos años, nada, o apenas nada, sabíamos del pensamiento político de Miguel de Unamuno en los años postreros del pasado siglo y primeros del actual. Involuntaria o acaso intencionadamente, el Unamuno progresista de ese período dormía en las empolvadas páginas de la prensa socialista, cuidadosamente conservada hoy día en diferentes Archivos y Hemerotecas del país y del extranjero.

POR fortuna, esos textos van saliendo de nuevo a la luz, llamando la atención de estudiosos e investigadores (Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Ribas, E. Díaz, etc.). Los que a continuación ofrecemos, desconocidos hasta el presente, constituyen parte de la colaboración del catedrático salmantino en el semanario «La Voz del Pueblo», órgano de la Agrupación Socialista de Santander entre 1898 y 1905. La pluma de éste vino solicitada en varias ocasiones por el tipógrafo asturiano Isidoro Acevedo, director del periódico mencionado, con motivo de números extraordinarios en torno a la Festividad Obrera del 1.º de Mayo.

Unamuno fue un ferviente militante socialista desde 1894 hasta 1897, año éste en que se daría de baja en la Agrupación bilbaína. Su renombrado prestigio llenaba entonces de orgullo al socialismo hispano, nutrido casi

exclusivamente de obreros manuales, y no exento de cierto sentimiento de inferioridad cultural. Pero Unamuno, pese a discrepar visiblemente del PSOE, no pierde totalmente, en los próximos años, el contacto con sus dirigentes, ni reniega —como algunos pudieran pensar— de su personalísimo ideario socialista. Estos artículos, fechados en Salamanca en abril de 1902, 1904 y 1905, respectivamente, y otros por el estilo en diversas publicaciones obreras («El Socialista», «La Lucha de Clases», «La Nueva Era», etc), testimonian cuanto decimos.

El socialismo unamuniano respira un aire humanista y religioso: para él son compatibles fe religiosa y «fe socialista». Y don Miguel abraza esta última no sólo desde planteamientos éticos, de necesidad moral ante una sociedad bañada en miseria y desigualdad; conforme a la línea expuesta por no pocos

teóricos de la II Internacional, piensa que la evolución económica conduce inevitablemente, sin sobresaltos, al socialismo. ¿Qué papel han de representar entonces en ella las clases sociales? Aquí es donde Unamuno se aleja notoriamente de la dialéctica marxista. Al triunfo del socialismo contribuyen no sólo la clase obrera, sino la sociedad entera, incluso sus propios detractores, y abriga la esperanza firme de que en éste terminarán convergiendo, en beneficio mutuo, las dos clases antagónicas por excelencia: la burguesía y el proletariado. Entonces habrán llegado el orden, la armonía y la paz sociales.

En suma: identifícase el socialismo de Unamuno por su generosidad con todas clases sociales y su revestimiento de variadas corrientes de pensamiento (Marx, Nitti, George, Loria, etc.). Pero adviértase: en ningún momento vacila acerca de la necesaria socialización de los





Miguel de Unamuno, durante una manifestación en plena República, entre Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto.

medios de producción como solución racionalizadora del sistema económico vigente. Observe el lector su particular interpretación acerca de los orígenes del marxismo y el metaforismo biológico como medio razonador de fenómenos sociales. Deténgase, asimismo, en las meditaciones del tercer artículo, «La Voz del Pueblo», —algunas de ellas de rabiosa actualidad— que transparentan ya un escepticismo ciertamente distante de la fogosidad y optimismo de sus primeros escritos socialistas (1).

Digamos, para finalizar, que, a pesar de frecuentes homenajes y caudales de tinta suscitados por su magistral obra, todavía estamos necesitados de un estudio suficientemente clarificador de la evolución de su pensamiento ideológico. Valgan estas líneas como aportación al mismo.

(1) Véase UNAMUNO, Miguel de: «Discursos y Artículos»; *Obras Completas*, tomo IX, Escelicer, Madrid, 1971. También UNAMUNO, M. de: «Escritos Socialistas. Artículos inéditos»; recopilación y prólogo de Pedro Ribas, Edit. Ayuso, Madrid, 1976.

I. EL SOCIALISMO EN MODA

Cada vez se ve con más simpatía la fiesta del 1.º de Mayo, simpatía en que la moda entra por mucho. Ahora han dado muchas gentes en llamarse socialistas, aún sin tener muy clara idea de lo que el Socialismo sea y signifique. Esto, aparte de no pocos peligros, marca desde luego un progreso y es el de que no asuste ya a los timoratos semejante dictado. Y algo es algo, porque el meter miedo sirve de poco.

Lo malo es que se acentúa demasiado la necesidad de legislar en favor de la clase capitalista. La legislación del trabajo, o sea en pro de éste, no es más que una compensación de haberse legislado siempre en favor del capital. Se busca la protección al obrero como contrapeso a la protección al patrono, pero lo mejor sería —a ser lo posible— que el Estado dejara de proteger al uno y al otro y que se las compusieran.

La libertad del contrato de trabajo será un absurdo mientras subsista la propiedad privada del suelo y de los instrumentos de trabajo; sin esta propiedad, ni existiría semejante contrato, sino una asociación para el trabajo.

Es menester penetrarse bien de que el Socialismo clásico brotó de la escuela llamada manchesteriana, del liberalismo económico, sin más que destruir el derecho de propiedad privada que éste mantenía.

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1902. («La Voz del Pueblo», 1-5-1902).

II. PROPIA REDENCIÓN

Muchas veces me he propuesto el problema de si la redención de un individuo o de una clase entera ha de cumplirse por el individuo mismo o por la misma clase, o es menester que venga otro a tender la mano. Es una de las cuestiones, que en una o en otra forma, más se discuten.

Hay quienes creen que la emancipación de la clase obrera tiene que venir de las clases llamadas dirigentes, mientras otros opinan que la salud está en uno mismo y que han de ser los obreros mismos quienes hayan de redimirse.

El problema no es sencillo ni es de los que se resuelven —si es que hay alguno que se resuelve así— con el sentimiento. Lo más razonable es pensar que la emancipación del trabajo, como toda gran obra social, es obra de la sociedad entera y que todos

tienen que contribuir a ella. Contribuyen a llevarla a cabo hasta los que la combaten.

A resolver las graves dolencias del organismo contribuye el organismo todo entero, aunque luego la dolencia se localice. Una fiebre general anuncia el aparecer de un absceso aquí o allí.

A curarse de una dolencia concurre el enfermo con el médico, porque llama a éste y se somete a sus prescripciones. Así pasa en lo social.

Cierto es que la redención de los obreros ha de venir de los obreros mismos, pero no es menos cierto que los medios de que se sirven para redimirse los han aprendido de los burgueses a quienes combaten. La ciencia económica sobre cuyas bases se ha levantado el edificio del Socialismo teórico, o mejor dicho, de la teoría socialista, es una ciencia del más puro origen burgués. Marx proviene de la llamada escuela manchesteriana, de Ricardo, y esa escuela obedeció a la necesidad de justificar los procedimientos del capitalismo de origen mercantil. Los que aparecen en la historia como adversarios se prestan armas recíprocamente y aprenden los unos a pelear viendo pelear a los otros. Hay una solidaridad íntima entre los que se combaten y dentro de la lucha misma. Es imposible que los hombres se pongan en contacto, aunque sea para luchar, sin que se les peguen a éstos las cosas de aquéllos.

De aquí que sea natural, inevitable y hasta conveniente que el socialismo obrero se vaya en cierto modo aburguesando, a medida que la lucha con la burguesía y ésta a su vez se vaya socializando.

Esta fiesta del 1.º de Mayo se va convirtiendo en una fiesta de todos y para todos, en una fiesta general y tradicional, y ello es un gran bien.

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1904. («La Voz del Pueblo», 30-4-1904).

III. LA VOZ DEL PUEBLO

¡La voz del pueblo! ¿Pero es que el pueblo tiene lenguaje articulado, tiene algo que decir y lo dice? He aquí lo que se preguntan muchos.

Y hay que confesar que lo más de nuestro pueblo es un pueblo mudo. Nada dice, o porque nada tiene que decir o porque no sabe decirlo.

Aún hay más, y es que por no saber decirlo, no tiene nada que decir. Y no me lo toméis a paradoja. Muchas veces los niños no saben donde les duele hasta que requeridos por sus padres, que les oyen quejarse, tienen que fijarse en ello y averiguan donde radica el mal.

Por extraño que parezca a algunos he de declarar que estoy completamente persuadido de que la labor principal del socialismo militante es enseñarle al pueblo dónde le duele y a que se queje y hable. Hay pueblos que se creen hasta felices, mientras no venga quien les convenza de que viven muy mal. Es decir de que se puede vivir mucho mejor.

La labor del socialismo es darle conciencia al pueblo; es fraguar la conciencia colectiva del pueblo. Hoy apenas si la tiene fuera de algunas grandes ciudades, y en ellas una conciencia mezquina y pobre.

Se dice que nos pierde el hablar mucho y el hacer poco, y lo que en realidad nos pierde es el hablar mal, porque el hablar bien es un modo de hacer. Las palabras de vida y de sustancia son actos. Y lo son sobre todo cuando son palabras de un pueblo. Cuando el pueblo habla los tiranos enmudecen. Y si no se reconoce esta verdad es porque apenas se ha oído hablar al pueblo. Porque hablar, lo que se dice hablar, hablar y no dar voces, el pueblo no habla sino de siglo en siglo y pocas palabras.

¿Cuándo hablará el pueblo en España, donde tanto abusan de la lengua los que no son pueblo?

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1905. («La Voz del Pueblo», 29-4-1905) ■ J.I.B.G.



Unamuno, estatua original de Pablo Serrano, que se yergue en «su» Salamanca.